

De la naturaleza del franquismo y la maleabilidad de los pasados traumáticos

Reseña de: Javier Rodrigo, *Cruzada, Paz, Memoria: la Guerra Civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013, 165 pp.

DAVID ALEGRE LORENZ
Universitat Autònoma de Barcelona

Fecha de recepción: 9 de enero de 2014

Fecha de aceptación: 23 de enero de 2014

Fecha de publicación: 1 de marzo de 2014

Revista Historia Autónoma, 4 (2014), pp. 189-192. e-ISSN:2254-8726

Como es bien sabido, existe en la actualidad un *nuevo consenso* a nivel internacional en el ámbito de los estudios sobre el fascismo, un paradigma que sostiene entre otras cosas la importancia de las condiciones locales y las categorías bajo las cuales el fascismo articuló el concepto de nación a la hora de reconocer dicho fenómeno. Precisamente, el primero de los ejes conductores de la obra de Rodrigo plantea un cuestionamiento de las tesis hegemónicas en lo referido a la naturaleza de la *Nueva España* constituida al calor de la guerra civil, que verían en ella un régimen fascistizado. Así pues, aprovechando las vastas posibilidades del espacio abierto por ese *nuevo consenso*, el autor sitúa el 36-39 y la larga posguerra bajo un nuevo prisma por medio de un análisis pormenorizado del relato fundacional del franquismo: la Cruzada. Dicho relato tuvo desde el principio una significación histórica y religiosa muy clara y un valor que, por sí mismo, daba sentido y trascendencia a lo ocurrido en España: todas las fuerzas reunidas en torno al bando sublevado sintieron que daba expresión a su lucha y sacrificios. De acuerdo con los planteamientos de Rodrigo, la Cruzada sirvió como eje rector de la vía española al fascismo, y su éxito habría radicado en su capacidad para convertirse en un discurso integrador y legitimador de todas las fuerzas que se congregaron en torno al golpe de estado del 18 de julio. Por tanto, por medio de dicho relato se condensó el particular ser fascista de España, indeleblemente marcado por lo católico.

Seguramente, el valor de la tesis defendida por Rodrigo radique en el hecho de que, tal y como él mismo nos muestra, muchos escritores de ocasión o de segunda fila, sin trabajar para el estado, fueron productores de relatos y codificaciones del pasado bélico

muy similares en sus términos a lo planteado por los intelectuales del régimen en esa idea de Cruzada. He aquí una buena muestra de su éxito, de la existencia de un clima de fervor colectivo o, en definitiva, de un consenso y una confluencia natural *inter pares* en torno a un mínimo común denominador bien representado por dicho relato. Sin ir más lejos, sus *banderines de enganche* con la sociedad del momento se encontraron fundamentalmente en la literatura del terror rojo —y la imagen del enemigo ofrecida por esta—, que alcanzó una popularidad más que notable y, por otro lado, en el culto a los caídos y los mártires, eje gravitacional del régimen y su legitimidad durante décadas.

El trabajo de Rodrigo nos permite comenzar a hablar de forma más clara y concreta de la existencia de dos escuelas bien diferenciadas por su interpretación de la naturaleza del franquismo. Así pues, frente a Ismael Saz que defiende el supuesto arrinconamiento político e intelectual del fascismo español a partir del año 1942, Rodrigo sostiene que las disputas sobre la conveniencia o no del término Cruzada para la codificación y comprensión de lo que habría supuesto la guerra civil en España no fueron sino debates entre cosmovisiones internas de una misma línea de pensamiento en lo esencial o, si se quiere, de una misma forma básica de entender el mundo. No obstante, si bien el autor va desgranando diversas razones por las que el régimen nacido de la guerra debería ser considerado como un fascismo, seguramente falta una posición más sistemática y concreta al inicio de la obra sobre la cual pudieran sostenerse y construirse las tesis planteadas a lo largo de ésta y, más importante aún, un nuevo paradigma que está llamado a tener importancia en los futuros estudios y debates. Y es que, a pesar de que se entiende que no es el objeto preferente del trabajo, centrado más bien en los diversos relatos de la guerra civil desde su estallido, se trata de un aspecto definitorio de la obra —concretamente el tuétano del primero y más decisivo de estos relatos— y una cuestión con la suficiente enjundia historiográfica, sobre todo por lo novedoso y controvertido de lo que plantea. Sea como fuere, lo que está claro es que el trabajo de Rodrigo nos introduce en una problemática que plantea una nueva puerta abierta para los futuros estudios sobre el fascismo y el franquismo, tanto en España como a nivel internacional.

Una de las principales virtudes de la obra que aquí abordamos reside en el hecho de que, lejos de ser una triada de compartimentos estancos, las tres partes en que se divide, *Cruzada, Paz y Memoria*, son muy permeables y dialogan permanentemente entre sí, mostrándonos de forma plástica esa naturaleza dinámica propia de la memoria colectiva y las interpretaciones del pasado. Así pues, los relatos se superponen entre sí, *aparecen* y *desaparecen*, pero siempre dejan un sustrato visible en aquellos que emergen a la vida pública por primera vez, más allá del hecho de que los cambios debidos al paso tiempo y las diferentes coyunturas son inevitables. Precisamente esto es lo que defiende Rodrigo, quien observa una clara continuidad del fascismo en el régimen franquista más allá del año 1945, con la salvedad de que el relato de la Cruzada sufrió una transformación progresiva hasta convertirse en el de la Paz, justamente al verse cuestionado el primero por la lejanía

temporal respecto a la guerra, los conflictos generacionales propios de una dictadura de cuatro décadas de duración y, finalmente, el reto planteado por otros relatos ajenos al propio régimen que competían por las lealtades y la legitimidad. Por ello, tal y como muestra el autor, la Paz habría continuado ahondando en el terror rojo como forma de legitimar la necesidad histórica del alzamiento armado o, si se quiere, su inevitabilidad, convirtiendo la guerra en un acto supremo de responsabilidad y al régimen en el único garante de la concordia frente a la amenaza de un nuevo desastre.

En este sentido, podría decirse que a lo largo del tiempo se introdujeron las variaciones necesarias para conseguir nuevas fuentes de legitimidad y conectar con una sociedad que también estaba cambiando, pero el 18 de julio permaneció en lo esencial como inalterable horizonte ideológico e identitario del franquismo y el ser de España. Por lo tanto, y esta es la segunda tesis fundamental del trabajo, existe una continuidad innegable entre Cruzada y Paz en lo más sustancial, pues esta nunca excluye —ni lo pretende— a la primera, sino que favorece y refuerza sus contenidos y convive con su versión más radical, núcleo discursivo del *pacto de sangre* social y político sobre el cual se sustentó el franquismo durante sus cuarenta años de vida. En este punto, Rodrigo se opone a la tesis que en su día planteara Paloma Aguilar y que ha generado un notable consenso, la cual vendría a defender precisamente lo contrario, es decir, que la Paz supuso la negación de la Cruzada. Sin embargo, nada más lejos de la realidad: el objetivo era propiciar una *nueva* socialización del recuerdo de la guerra de acuerdo con los intereses del régimen y la llegada a la edad adulta de nuevas generaciones. Por tanto, Paz y Cruzada compondrían *un relato bifaz*.

El nuevo relato acabaría teniendo una incidencia tremenda sobre la primera historiografía genuinamente peninsular dedicada al estudio de la guerra, consagrando la equiparación de culpas como visión mayoritaria del conflicto. Sin embargo, dicha equiparación no fue tal si tenemos en cuenta las asimetrías en el estudio de la violencia y la criminalización de la Segunda República como causante del desastre. Así pues, el *modus operandi* de los sublevados era explicado en términos reactivos, es decir, como una venganza natural frente a la brutalidad republicana, de modo que se trataría de una equiparación relativa que, cuanto menos, favoreció a los sublevados al legitimar su modo de proceder. Dicha visión quedó consagrada a lo largo de los años 70-80 en el trabajo de los hermanos Salas Larrazábal, quienes buscando sentar cátedra definitiva sobre la materia acabaron abriendo la puerta sin querer al cuestionamiento y debate sobre las víctimas en las retaguardias desde un prisma completamente nuevo y, ahora sí, plenamente historiográfico.

Así llegamos a la tercera y última parte del libro, cuya tesis fundamental defiende que la emergencia y boom del relato de la Memoria, lo que se conoce a nivel consuetudinario como *memoria histórica*, sólo ha podido venir propiciado por los avances de la historiografía peninsular desde la década de los 90, al poner de manifiesto el impacto

y las implicaciones reales de las violencias en las retaguardias. En este sentido, Rodrigo sostiene que, frente al deseo contrafáctico y acusatorio de muchos, no entraba dentro de lo factible una reivindicación durante la transición de ciertas memorias o pasados traumáticos, menos aún dentro de los parámetros y necesidades del momento tal y como eran percibidas por los diferentes agentes político-sociales, especialmente de la izquierda. En aquel momento, la postura más iconoclasta o revolucionaria respecto al pasado pasaba por romper definitivamente con el recuerdo de la guerra, sobre todo teniendo en cuenta su omnipresencia pública a lo largo de cuarenta años de dictadura. Por lo tanto, entregarse a la reconciliación, a la equiparación y, por último, a la *desmemoria* parecía proporcionar a una izquierda en pleno proceso de reconstrucción y normalización una fuente de legitimidad política y superioridad moral irrenunciable. Así pues, el fin de la guerra en el ámbito institucional y en el marco de la opinión pública fue lo que hizo posible su historización definitiva desde parámetros metodológicos completamente renovados, poniendo en discusión los relatos y visiones dominantes hasta entonces.

Finalmente, todo ello, unido a dos catalizadores esenciales como serían los debates en torno al arresto de Pinochet y el inicio del último ciclo de exhumaciones, acabaría creando el espacio para el boom de esa nueva narrativa, la *memoria histórica*, que en la última década habría inundando por completo el espacio público, penetrando en el imaginario colectivo de la sociedad y transformando nuestro modo de entender el pasado. Los diferentes sujetos adscritos de uno u otro modo a este nuevo relato buscarían corregir lo que a sus ojos representaría un claro agravio o déficit en la memoria colectiva de la sociedad española, reivindicando el recuerdo y la reparación de las víctimas del franquismo y los supuestos valores democráticos que estas encarnarían. Sin embargo, el autor no duda en señalar las consecuencias que ha tenido la emergencia de este nuevo relato tanto a nivel público como en ciertos ámbitos historiográficos, que en resumidas cuentas habría propiciado una simplificación tajante —claramente selectiva y parcial— del pasado, abordándolo desde el presentismo y aprehendiendo de él aquello que pudiera serle de utilidad en el establecimiento de una identidad y causas universales para los vencidos.

Frente a este nuevo relato surgió el *revisionismo*, que constituiría a todas luces una respuesta de determinados sectores político-sociales ante la pérdida definitiva del monopolio memorístico por parte del relato de la Paz y que, en definitiva, plantearía su propia operación de salvamento de la *Verdad* sobre nuestro pasado. Al igual que en el caso de la *memoria histórica*, sus objetivos fundamentales se encontrarían en el presente, de ahí que lo que plantease sea una revisión de este a través del uso público y político del pasado, lo cual redundaría una vez más en la difusión de narrativas maniqueístas, teleológicas, carentes de toda complejidad y conscientemente parciales que, por lo demás, hacen un flaco favor a nuestro conocimiento crítico del pasado.